

TERCERA PARTE

HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN DEL HUMANISMO

CONFERENCIA XIV

EL ESPÍRITU DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

1. Contradicción y falta de sinceridad del hombre en los juicios que forma de sí mismo.—En lo que antecede hemos encontrado bastantes pruebas de que el hombre y el mundo no son tales como deberían ser; aun podrían añadirse muchas, pero no nos sentimos con ánimo de acusar á nuestra generación de todo el mal que ha cometido. Nuestra tarea es únicamente hacer que reconozca y confiese su debilidad; lo que llevamos dicho basta con mucho, si el amor á la verdad no desapareció por completo.

De no ser suficiente para arrancar al mundo la confesión de que no es como debería ser, inútil sería aportar otras pruebas; en todo caso superfluas resultarían, dada la asombrosa falta de sinceridad con que el Humanismo suele hablar de la humanidad. No hay perversidad ni flaqueza de que no la acuse; en seguida la trata casi como á una divinidad, y ve en sus defectos innegables la derivación de un poder infinito. Hace un momento, no se la podía presentar con más negros colores, diciendo que su historia no es más que una serie de infamias, de locuras y de vergüenza; ahora se dice que para nada necesitamos creer en un Dios fuera de nosotros, pues el progreso de nuestra

raza prueba evidentemente que el ser divino se manifiesta al exterior por todos nuestros actos. Hoy se considera casi como un milagro que el mundo, retrocediendo, no obstante, sin cesar, se mantenga ordenado todavía; y mañana se oye resonar el canto de júbilo bien conocido sobre el progreso inmenso é irresistible que debe acabar por corromper y envenenar la última gota de nuestra sangre.

Un día nos dice el poeta: «El hombre lleva en su frente el águila, y sus pies están sumergidos en el lodo. ¿Quién fué bastante insensato para crearlo? ¿Hay nada más insensato que la vida? ¿Qué habrá más insensato que el mundo? Fué una demencia omnipotente la que los creó. ¡Vaya! que la creación me desagrada». ⁽¹⁾

Otro día, la época se entusiasma con estas altisonantes palabras: «¡Nuestra consigna! Oidla, pues resuena con acentos ya agudos, ya graves en los vientos. ¡Adelante! murmuran las ondas del torrente, ¡adelante! brama la nube en su vuelo». ⁽²⁾

2. Hay que reconocer un progreso, pero limitado.

—Nos guardaremos de tomar partido, sea para condenar, sea para divinizar la humanidad; la verdad no consiente lo uno ni lo otro. El hombre lleva en sí el germen del mal, pero no es malo por naturaleza, y no está condenado sin remedio á la ruina; puede mejorar, como también el mundo, y muchas veces realizó, en diversos conceptos, progresos notables; pero su debilidad nativa, y más aún su propia culpabilidad le deprimen é interrumpen su marcha hacia lo mejor.

Por eso hay un progreso, es verdad, pero jamás un progreso no interrumpido, y sobre todo, jamás un progreso infinito; el mundo ha visto ya con frecuencia brillantes vuelos, pero, como consecuencia de la debilidad humana, cada uno de ellos terminó por una gran caída.

Nadie negará que actualmente nos encontramos en gran progreso en muchas cosas concernientes, sea al orden in-

(1) Grabbe, *Herzog Theodor von Gotland*, 3, 1.

(2) Anastasio Grün, *Gedichte*, (5), 232.

telectual, sea al exterior; pero creemos que nadie se dejará deslumbrar por este brillo como el buho por el sol. Hemos hecho conquistas magníficas, nadie lo negará, pero son progresos humanos, que muestran de cuanto es capaz el hombre si aprovecha los talentos y las fuerzas que el creador puso en su naturaleza; poca atención se necesita, sin embargo, para comprender que, al lado de esto, el progreso de nuestra civilización contiene muchas impurezas, y lleva en sí, por esta razón, gérmenes de la decadencia que más ó menos pronto llegará.

Sí, motivos tenemos para dar gracias á Dios por el buen éxito que obtuvimos en las cosas temporales. Los tesoros de que tan pródiga era la tierra en otro tiempo, comienzan á agotarse, verdad es; pero en cambio, obligados por la necesidad, hemos aprendido á convertir en riqueza minerales y terrenos ante los cuales pasaban con desdén los tiempos anteriores. Hemos hecho mensajeros nuestros el vapor y la electricidad; el relámpago escribe y habla por nosotros; ya no hay distancias; los medios de comunicación envuelven la tierra como una red. Los pueblos cambian los productos de su industria y de su labor intelectual. ¿Quién no se alegraría de ello?

Pero ¿quién dejaría que por esto se turbase la mirada de su espíritu? Un poeta cuyos sentimientos no son sospechosos de haber sufrido la influencia de la religión, ó de hostilidad al espíritu de los tiempos, dice con profunda verdad: «Aplico el oído, y con gusto me humillo ante ti, espíritu del tiempo, en cuya frente soberbia brilla la corona del porvenir. No puedo menos de admirarte, vigoroso Titán; cuanto has creado lo tienes ligado á tu voluntad. Y, sin embargo, por más que la inteligencia no haya perdido la fe en tu triunfo, ¿qué oigo bramar al rededor de mí en alas del presentimiento? ¿De qué proceden el estremecimiento de mi alma y las sombrías visiones nocturnas que ante mí pasan? ⁽¹⁾ Veo un inmenso navío con gigantesco mástil, elevarse en la nube que huye. En tanto que ese

(1) Hamerling, *Schwanenlied der Romantik* (1), n.º 15, p. 16.

navío boga hacia un objeto audaz y sube hasta los astros, bajo su larga quilla se llena el mar de arenas». (1)

3. Fausto y el Judío errante son los modelos del progreso moderno.—Nadie diga que aquellos negros pensamientos envenenan tan sólo la vida de algunos individuos. ¡No! es la convicción de la época, la convicción de todos; y precisamente fué el Humanismo el que, al establecer su dominio en el mundo, los sembró en los espíritus por medio de dos leyendas, que, hoy más que nunca, gozan de popularidad universal, pues todos saben que expresan perfectamente el espíritu de nuestra civilización; nos referimos á la leyenda de Fausto y á la del Judío errante.

Nuestros incesantes, pero inútiles esfuerzos para satisfacer el espíritu con la ciencia profana y los goces terrenales encontraron su mejor expresión en el doctor Fausto; y nuestra sociedad, que de todo se hastía, aun de la existencia, en el Judío errante. El uno, que desearía vivir eternamente, aspira á lo que no puede alcanzar; querría poseerlo y gozarlo todo, lo pasado y lo presente, lo porvenir, la naturaleza, la historia, la hermosura, la riqueza, la ciencia y las artes, lo visible y lo invisible. Todos los medios son buenos para él; ninguna vía le repugna si puede esperar que logrará su objeto: pero todo es inútil. El otro, á quien hizo astuto la experiencia, sabe de antemano todo esto; por eso prefiere substraerse á esta vida sin objeto y sin fin, que considera como intolerable; pero en vano. Por eso tiene actitud de desesperado en presencia de la historia, en que no quiere ver más que un vasto cementerio, y exclama: «Ellos podían morir, pero yo, el réprobo, no puedo morir. ¡Ah! sobre mi cabeza está suspendida la más terrible de las sentencias. Nacieron ante mí las naciones, y desaparecieron; pero yo quedo, sin lograr morir. ¡Ah, qué desdicha no poder morir, no poder encontrar quietud en las penas de la vida! ¡Existir en este cuerpo de polvo, con su palidez mortal, su consunción y su olor de muerte; verse obligado durante millares de años á ver el monstruo

(1) Hamerling, *Ibid.*, n.º 17, p. 18.

de la uniformidad abrir su boca, y el tiempo, ávido y famélico, creando y devorando siempre á sus hijos; ¡Ah, qué desdicha no poder morir!» (1)

Estas frases constituyen la expresión de toda nuestra cultura moderna. Leibnitz dijo ya que el estado natural del alma no es la satisfacción, la seguridad, la posesión de sí mismo, la calma, sino la agitación vaga. Esa inquietud excitante, como él la llama, es, según dice, el principio de todos nuestros actos; de ahí procede nuestra actividad sin fin. De modo que, aun siendo por su naturaleza inclinado el hombre á la ociosidad, cree que trabajamos solamente porque el trabajo es el único medio de aplacar nuestra sed de acción. (2) Así habla Leibnitz, á quien Biedermann da por esta razón el nombre de *Fáustico*. (3)

Si tal era el modo de ver que tenía aquel genio sublime, cuya ciencia lo abarcaba todo, fácil es concebir qué espíritu representará la cultura fugaz, deshilada, de épocas más recientes. Hasta un admirador de Fichte no puede menos de llamar su doctrina del *yo*, titanésca, fáustica. (4) Según esa filosofía, el *yo* no tiene otro objeto que aspirar siempre al infinito. Aspirar, y siempre aspirar, sin esperanza de poder alcanzar cosa alguna, es el único objeto presentado al discípulo de Fichte, lo mismo que el de Lessing se entrega á eternas investigaciones sin encontrar nunca nada. Lo mismo sucede con Kant: según él, es el ideal de la felicidad un hombre que cumple sus áridos deberes sin perspectiva de recompensa eterna ó temporal, sin experimentar satisfacción interior, sin esperanza de llegar á un fin, porque sabe de antemano que no podrá jamás conseguirlo, y carecerá por tanto de quietud eternamente. (5)

¡Singular felicidad! Los antiguos creían haber inventado un género de condenación especialmente penosa en el

(1) Schubart, *Der ewige Jude*, 1787, II, 68 y sig.

(2) Erdmann, *Gesch. der neuern Philosophie*, II, 2, *Anh.*, 28, p. LVII y sig. K. Fischer, *Gesch. der neuern Philos.*, 1855, II, 383 y sig.

(3) Biedermann, *Deutschland in XVIII Jahrh.*, II, 1, 241.

(4) K. Fischer, *loc. cit.*, V, 581 y sig.

(5) Zeller, *Gesch. der deutsch. Philosophie*, 492.

castigo de Tántalo ó de Sísifo; los tiranos orientales, que tenían el genio de la invención de tormentos, no podían encontrar ninguno más cruel que la continua privación de sueño y de reposo. En su rica imaginación, no sabía Dante encontrar mejor castigo para el pecado contra naturaleza que hacer andar eternamente á los que le cometieron. ⁽¹⁾ Y nuestros filósofos, nuestros poetas, en una palabra, los maestros de la actual civilización del mundo aconsejan á quien desee ser un hombre perfecto apropiarse las palabras de Fausto: «Perezca inmediatamente, si alguna vez me entrego á la ociosidad». ⁽²⁾

Si por ellas se entendiese tan solo la aplicación continua, nada tendríamos que objetar, pues sin seria aplicación no hay honor, ni satisfacción, ni progreso; pero esos espíritus no tienen más que aspiraciones vagas, no trabajan más que por trabajar, no hacen más que atormentarse y atormentar á los demás sin conocer el objeto de ese tormento. Investigan febrilmente, y no quieren la verdad; á nada temen tanto como á ella. El conocimiento es para ellos, como dice Fichte, únicamente virtualidad y evolución hacia el ser, pero nunca el acto. ⁽³⁾ Para ellos, verdad exacta es sinónimo de disolución, de aniquilamiento. Tener convicciones inmutables equivale á la producción de la muerte por apatía é inacción. ⁽⁴⁾ Un estado en que el hombre no se viese obligado á aspirar á cosas que no se alcanzaron, y que no se podría alcanzar, sería intolerable enojo, una condenación á muerte, el término de toda vida. No pueden imaginarse que podamos encontrar quietud; un hombre, dice Hobbes, sin tener deseos no satisfechos, no podría vivir, como tampoco uno en quien cesaran las ideas y los sentimientos. ⁽⁵⁾ Hace un siglo, Lessing dejó por lo menos á Dios la posesión de la verdad, y reservó al hombre el

(1) Dante, *Inferno*, XIV, 24.

(2) Goethe, *Faust* (*Werke*, Stuttg., 1854), XI, 69.

(3) J. G. Fichte, *Staatslehre vom Jahre 1813*. (G. W. IV, 381, 387). Erdmann, *Gesch. der neuern Philos.* III, 1, 668.

(4) Büchner, *Kraft und Stoff* (12 Aufl. 1872), 231.

(5) Lechler, *Gesch. des englisch. Deismus*, 78.

cuidado de buscarla inútilmente. ⁽¹⁾ Hoy, Dios mismo no es considerado como un ser plenamente satisfecho. Estar sin necesidades, declara Rosenkrantz en términos que los antiguos rechazaban ya, ⁽²⁾ significa no vivir. Pretendiendo que Dios es bienaventurado, tenemos únicamente la intención de decir que es capaz de colmar cada una de sus necesidades para sentir otra inmediatamente, ⁽³⁾ pero no que carezca de ellas.

4. El espíritu del progreso moderno.—Á esos falsos principios responde sin duda completamente el llamado progreso moderno. Tenemos excelentes razones para abstenernos de hacer predominar aquí nuestro juicio; dejaremos que hable un hombre sin igual para dar su opinión sobre la civilización de nuestro siglo, y á quien nadie reprochará sus prevenciones por nuestra causa, es decir, por la causa cristiana. Este sabio, que se llama Honegger, dice entre otras cosas: Nuestro siglo, en inquietud continua, toca á gran orquesta en todas las materias, y hace acompañar los acordes fundamentales con el ruido del cañón y el silbido estridente de la locomotora. Este siglo no se pertenece á sí mismo. Todos realizamos una caza insensata de fines desconocidos, de suerte que es muy difícil conservar el equilibrio interior. ⁽⁴⁾ Á través de todas las capas sociales, pasa una inquietud que agita los espíritus, un tantear ansioso y convulsivo. Hacemos experiencias, buscamos en todo el mundo remedio para los males que hay en nosotros, todo lo discutimos viendo claramente lo que está podrido y enfermo, y no encontramos un medio seguro de salvación. Hoy edificamos, y mañana destruimos; vivimos agitados, impacientes, febriles, atormentados. Nuestra generación puede aplicarse mejor que ninguna otra el genial pensamiento de Pascal: el hombre procura huir de sí mismo. Es la enfermedad de nuestro tiempo. ⁽⁵⁾

(1) Lessing, *Duplik*, 1 (Lachmann, X, 47 y sig. Edit. Leip., 1859 II, 271).

(2) Aristót., *Magn. mor.*, 2, 15, 3, 4. *Eudem.*, 2, 12, 2, 16.

(3) W. Rosenkrantz, *Wissenschaft des Wissens*, I, 375 y sig.

(4) Honegger, *Allg. Culturgesch. der neuesten Zeit*, V, 362 y sig.

(5) Honegger, *Literatur und Cultur des XIX Jahrh.*, 8.

Para confirmar este juicio en los detalles, continúa Honegger. La cuestión social es la expresión propiamente dicha de nuestra época, en la que sólo se encuentra inquietud febril, aspiración á un nuevo ideal, duda aún en la duda, pesimismo y dolor universal. ⁽¹⁾ Si estados como el de hoy debiesen durar, difícil sería decir cómo alguien podría aun inquietarse por el destino de la humanidad. ⁽²⁾ La música introducida por Beethoven nos hace asistir la mayor parte de las veces á la lucha irreconciliable del yo con el mundo de los objetos; es la música de las ideas revolucionarias. ⁽³⁾

Nuestra virtud es vicio, y nuestros vicios son virtudes, tal es el principio fundamental de la poesía moderna. ⁽⁴⁾ En la novela, precisamente en las de los maestros, se tiene al lector constantemente excitado; nada de tregua, ni de reposo; la imaginación se precipita como un caballo desbocado. ⁽⁵⁾ Tenemos una literatura de la desesperación, del dolor universal, una literatura de la sensación y del efecto. ⁽⁶⁾ Quien busque en ella la paz y un agradable descanso, gravemente se engaña. ⁽⁷⁾

Por todas partes y siempre, dice Honegger terminando su importante crítica, hay personas que persiguen los goces, personas que quieren ser los Titanes de la negación del orden social tradicional, y que disipan sus fuerzas y su insensata petulancia. Su última palabra es siempre la nada, su estado es el marasmo procedente del insomnio que sigue á la orgía; ⁽⁸⁾ son como vivientes modelos de una civilización refinada que ningún resorte sabría poner en movimiento, más que el sentimiento vago de que algo nue-

(1) Honegger, *Ibid.*, 198.

(2) Honegger, *Culturgesch. der neuesten Zeit*, V, 187.

(3) Honegger, *Literatur und Cultur*, 49 y sig. Brendel, *Gesch. der Musik*, (4) 474, 663-666.

(4) Honegger, *Literatur und Cultur*, 198.

(5) *Ibid.*, 213.

(6) Honegger, *Allg. Culturgesch. der neuesten Zeit*, V, 363.

(7) *Ibid.*, V, 358.

(8) Honegger, *Lit. u. Cultur*, 225 y sig.

vo va á suceder, y el salvaje impulso hacia esa novedad. ⁽¹⁾

De ahí procede también el general descontento de nuestro estado. No obstante el aumento del bienestar en todas las condiciones sociales, dice Max Nordau, la humanidad está más descontenta, más sobrecitada, más agitada que nunca. ⁽²⁾ Todos saben que cuanto nos rodea es más ó menos mentira é hipocresía, y que hacemos una comedia profundamente inmoral. ⁽³⁾ Toda la sociedad siente lo mismo que Platen cuando decía: «No puedo encontrar reposo por más que lo procuro». ⁽⁴⁾

5. Espíritu de la literatura antigua y de la literatura moderna.—Cuando se examina de más cerca en sus diferentes aspectos la vida civilizada, necesario es confesar la exactitud de aquellos juicios. Por muy orgulloso que nuestro tiempo esté de los progresos que en todo cree haber realizado desde que se sustrajo á la dirección del espíritu cristiano, nos parecen tanto más dudosos, cuanto con más atención se los considera; y comparados con la civilización cristiana, la balanza se inclina á favor de ésta.

Así lo comprueba ante todo la literatura. Vilmar dice que cualquiera que sea la actitud tomada por los hombres respecto al Cristianismo, los más indiferentes y aun los más hostiles se ven obligados á confesar que, durante diez siglos, la fe cristiana ha sido para los pueblos de Occidente, no el objeto de una convicción muerta, sino hasta su propia vida. Nuestros antiguos poemas, cuyo número é influencia triunfaban del mal, aunque estaba floreciente en aquellos tiempos, demuestran la satisfacción profunda que encontraban en la vida. La calma, la serenidad inalterable, la dulce luz de la paz y del bienestar que reflejan prueban que nuestro pueblo tomado en conjunto, pues había sin duda excepciones importantes, estaba unido y que se sen-

(1) Honegger, *Ibid.*, 233.

(2) Max Nordau, *Die Lügen der Culturmenschheit* (1), 1.

(3) *Ibid.*, 406.

(4) Platen, *Welttreiben* (G. W., I, 79).